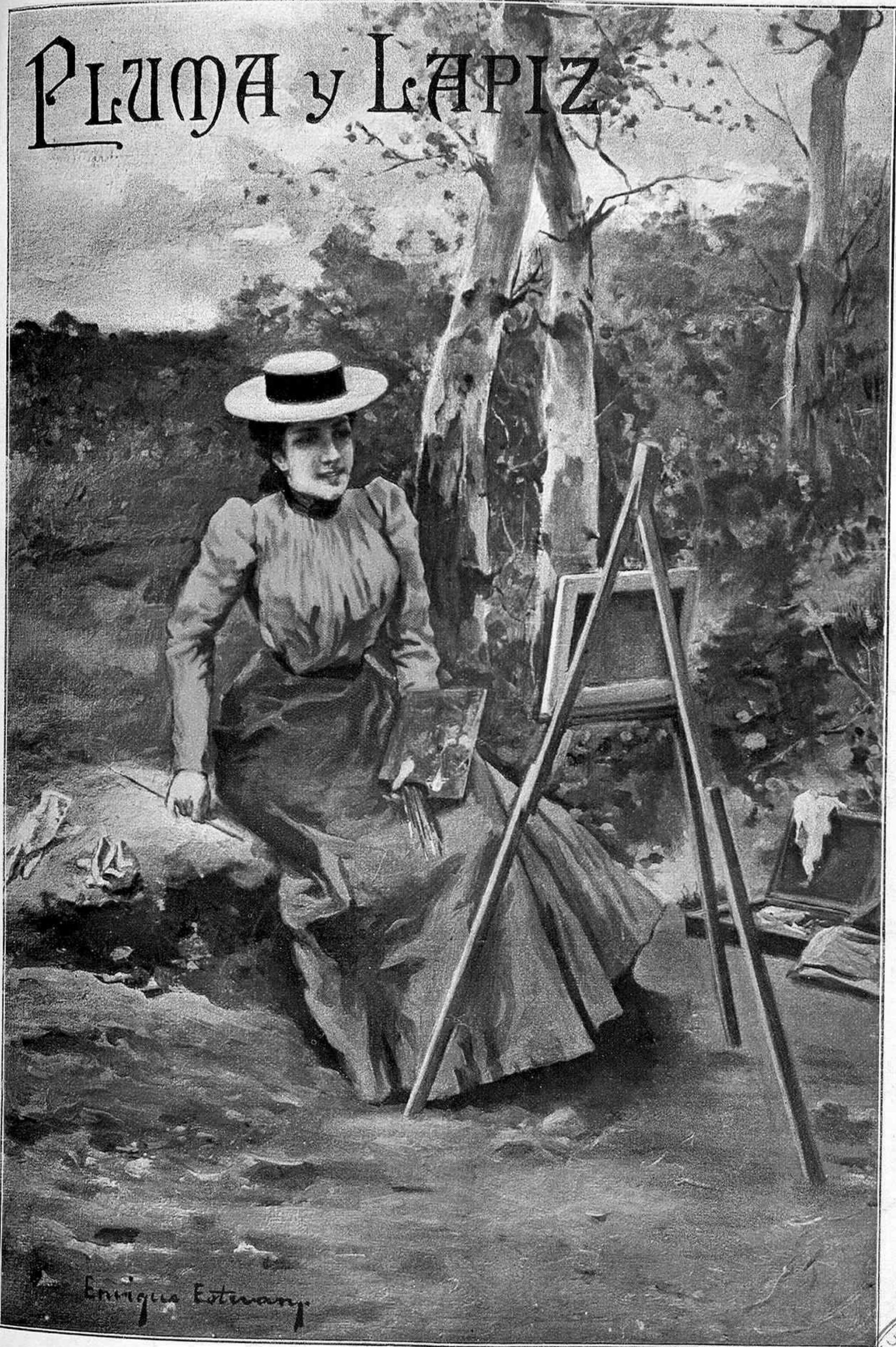


PLUMA y LAPIZ



Enrique Estévez

NÚM. 30



LAMIA

DE entre las cortesanas griegas ninguna alcanzó triunfos más espléndidos que la atrevida Lamia. Asiste á una batalla naval contra Demetrio Poliorcetes y mientras que éste subyuga á Atenas, la musa clásica de la belleza y el heroísmo, Lamia esclaviza al tirano con la armonía de la flauta, con su dulzura y elocuencia y con sus encantos seductores.

* * *

Y es tanto más gloriosa la victoria de Lamia sobre el ilustre conquistador, cuanto que ni sus caricias, ni el olor de sus vestidos, ni el aroma de sus labios eran propios para cautivar á un príncipe enseñado al lujo y á ser mimado de las cortesanas orientales; pues Ateneo dice que los 200 talentos, suma fabulosa, equivalente á dos millones de duros, que Demetrio puso de contribución á los atenienses, fueron obsequiados por éste á Lamia para jabones y perfumes; y Alcifronte en sus cartas nos asegura que al ver cierta ocasión los soldados de Poliorcetes las heridas que Lisímaco había sacado de la lucha con un león terrible, le dijeron á este teniente de Alejandro: «Nuestro Rey también podría enseñaros las mordeduras que cotidianamente le da una bestia más feroz que el león, una *lamia*.» Demetrio no se quedaba atrás en estas caricias de ternura erótica. «Creeríase que abrazas á Lamia», le dijo el padre, cierta ocasión que, al regresar de un largo viaje, fué abrazado por su hijo.

* * *

Y es que Lamia no sólo era bella y elocuente, sino, más que todo, graciosa y vivaracha. Enardecía, exaltaba á su amante con su vivacidad, con su *donaire*. Todo en ella era estudio, arte, ficción. Como ducha en la materia, conocía lo que debía ocultar ó descubrir; ya interrumpía el silencio con carcajadas licenciosas, ya fingía seriedad y compostura; ahora sonreía, descubriendo sus dientes de marfil; ahora colocaba con coquetería una flor en su cabello. Todo el día era chiste, agudezas, gorgoriteos, ocurrencias felices, pasajes sublimes de heroísmo, episodios extraordinarios de la epopeya iliaca.

* * *

Un general de Demetrio hablaba cierto día de la sabiduría de una sentencia de los tribunales de Egipto. Un joven de Tebas, bizarro y elegante, decía, se apasionó locamente de la sin par Tonis; pero no pudiendo satisfacer la avaricia de la joven, que le exigía para complacerle una cantidad que no podía pagar, invocó á Venus le otorgara en sueños lo que no podía conseguir en realidad. Venus, madre complaciente de los amantes, satisfizo los deseos del joven; pero informada Tonis de lo ocurrido, llevó su juicio á los tribunales, exigiendo ser pagada. «¿Qué sentencia hubieras pronunciado, Lamia, en estas circunstancias?», dijo el general á la concubina de Demetrio, interrumpiendo el curso de su relación. «Yo, —contestó Lamia, —hubiera mandado á la joven que fuera á soñar que había sido pagada.» «Esa misma fué, ilustre Lamia, —repuso admirado el general, —la sentencia que decretaron los altos tribunales de Tebas.»

MARCOS B. ESPINEL

Guayaquil.

Dibujo de José Passos.



LA FIESTA DE LOS TOROS

SEGÚN opinión de autorizados historiadores, en esta nación se han criado siempre toros bravos ó salvajes, atribuyéndose esta circunstancia á la feracidad del suelo. Concedido ésto, fácilmente se comprende que los primitivos y belicosos pobladores de España, para su seguridad, diversión ó lucro, se dedicaran á la caza de esas preciosas reses, siendo, como está plenamente probado, los primeros que establecieron y ejecutaron la lucha del hombre con el toro.

Prescindiendo de las fiestas de esta clase que en la Roma y Grecia antiguas se celebraban, á imitación de las nuestras, la más remota de que se tiene noticia exacta es la de Avila en el año 1090.

Por entonces se verificó en Madrid la hazaña del famoso Cid Campeador, alanceando un toro en el natalicio de Alimenon de Toledo, hazaña que pintó Moratín en hermosas quintillas y que representa el dibujo de esta página, ejecutado á la pluma por J. Passos.

En la misma época se solemnizaron también con corridas de toros, reinando Alfonso VI, las bodas de Sancho Estrada, teniéndose certeza de que en todo Castilla, Aragón, Navarra y Andalucía, las luchas de reses bravas se sucedían con frecuencia, haciendo en ellas alardé de valor los caballeros y gente principal, así como los pecheros y plebeyos.

Prohibidas aquéllas por Bula de Pío V, quien impuso la pena de excomunióon mayor á cuantos autorizasen semejantes espectáculos ó con-

currieran á él, los españoles hicieron poco caso de tal prohibición, y las funciones de toros continuaron, verificándose algunas hasta en los patios de los conventos, á pesar de las protestas de los maestros de Teología de Salamanca. En atención á las constantes defensas de muchos sabios economistas y escritores de la época, se anuló la Bula *no observada*, por otras de los papas Gregorio XIII y Clemente VIII, lo que aumentó, como es consiguiente, la afición á esta fiesta nacional, levantándose en distintos puntos del Reino plazas permanentes, en donde los humildes servían á pie, cerca del caballo, á los ricos y señores, más que por recompensa, por amor á la lidia, que era juego principal ante la nobleza, la cual tomó ejemplo de su rey Carlos V cuando alanceó un toro en la plaza de Valladolid, al nacer su hijo Felipe.

Desde aquel día, dice el malogrado revistero taurino, don José Sánchez de Neira, de quien tomamos estos datos, alcanzó gran incremento la lidia de los toros. Posesionada la grandeza del espectáculo, dióse á éste una importancia extraordinaria, y lo mismo en Castilla que en Aragón, Cataluña, Navarra y Andalucía, en todas las ocasiones en que se debía agasajar á la Corte, á príncipes extranjeros ó á distinguidos magnates, era de rigor la celebración de «Corridas Reales», en que se desplegaba un lujo y magnificencia superior á toda ponderación. Esta época caballerisca desapareció en el reinado de Felipe V, que no gustaba de tales ejercicios, y á los grandes substituyeron en los cosos gentes de estado llano, tanto á pie como á caballo; apareciendo en el último tercio del siglo décimo octavo el célebre Francisco Romero, inventor de la suerte de espada. Poco después se empezó á poner banderillas á pares, en substitución de los dardos y venablos, mientras forzudos jinetes llamados varilargueros, hoy picadores, usaban de la garrocha para contener la furiosa acometida del toro. Quedó relegada al olvido la lanza, lo propio que el rejoncillo, destinado únicamente á los caballeros en plaza, quienes según costumbre, que todavía se observa, sólo rompían alguna en las funciones reales á la antigua usanza.

En la actualidad, el ejercicio del toreo puede decirse que constituye un arte, según se ha ido perfeccionando. La moderna civilización truena contra esa fiesta, tachándola de inhumanitaria é inmoral; sin considerar sus destructores, cuando piden á gritos su inmediata y absoluta prohibición, que tiene en su abono el ser la fiesta más antigua y típica del pueblo español.

EL PAÑUELO

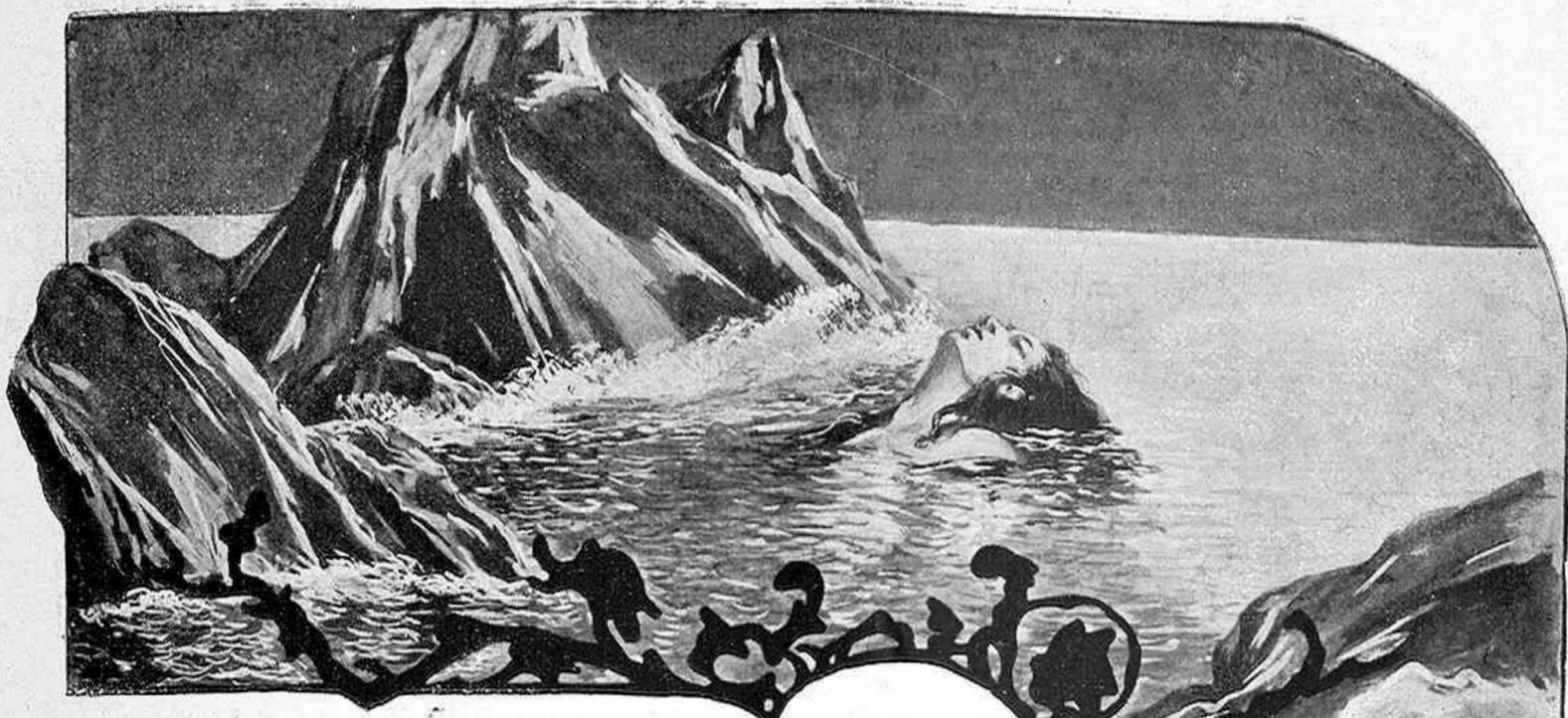


CIPRIANA se había quedado huérfana desde aquella vulgar desgracia que nadie olvida en el puerto de Areal: una lancha que zozobra, cinco infelices ahogados en menos que se cuenta... Aunque la gente de mar no tenga asegurada la vida, ni se alabe de morir siempre en su cama, una cosa es eso y otra que menudeen lances así. La racha dejó sin padres á más de una docena de chiquillos; pero el caso es que Cipriana tampoco tenía madre. Se encontró á los doce años, sola en el mundo... en el reducido y pobre mundo del puerto.

Era temprano para ganarse el pan en la próxima villa de Marinada; tarde para que nadie la recogiese. ¡Doce años! Ya podía trabajar la mocosa... Y trabajó, en efecto. Nadie tuvo que mandárselo. Cuando su padre vivía, la labor de Cipriana estaba reducida á encender el fuego, arrimar el *pote* á la lumbre, lavar y retorcer la ropa, ayudar á tender las redes, coser los desgarrones de la camisa del pescador. Sus manecitas flacas alcanzaban para cumplir la tarea, con diligencia y precoz esmero, propio de mujer de su casa. Ahora, que no había *casa*, faltando el que traía á ella la comida y el dinero para pagar la renta, Cipriana se dedicó á servir. Por una taza de caldo, por un puñado de paja de maíz que sirviese de lecho, por unas tejas, y sobre todo, por un poco de calor de compañía, la chiquilla cuidaba de la lumbre ajena, lindaba las vacas ajenas, tenía en el *colo* toda la tarde un mamón ajeno, cantándole y divirtiéndole, para que esperase sin impaciencia el regreso de la madre.

Cuando Cipriana disponía de un par de horas, se iba á la playa. Mojando con delicia sus curtidos pies en las *pozas* que deja al retirarse la marea, recogía mariscada, cangrejos, mejillones, lapas, *nurichas*, almejones, y vendía su recolección por una ó dos perrillas, á las *pescantinas* que iban á Marinada. En un andrajo envolvía su tesoro y lo llevaba siempre en el seno. Aquello era para mercar un pañuelo de la cabeza... ¿Qué se habían ustedes figurado? Que no tenía Cipriana sus miajas de coquetería?

Sí, señor. Sus doce años se acercaban á trece, y en las *pozas*, en aquel agua tan límpida y tan clara, que espejaba al sol, Cipriana se había visto cubierta la cabeza con un trapo sucio... El pañuelo es la gala de las mocitas en la aldea, su lujo, su victoria. Lucir un pañuelo majo, de colores el día de la fiesta; un pañuelo de seda azul y naranja... ¿Qué no haría la chicuela por conseguirlo? Su padre se lo tenía prometido para el primer lance bueno; ¡y quién sabe si



el ansia de regalar á la hija aquel pedazo de seda charro y vistoso había impulsado al marinero á echarse á la mar en ocasión de peligro!

Sólo que, para mercar un pañuelo así, se necesita juntar mucha perrilla. Las más veces, rehusaban las pescantinas la cosecha de Cipriana. ¡Valiente cosa! ¿Quién cargaba con tales porquerías? Si á lo menos fuesen unos percebitos, bien gordos y *recochos*, ahora que se acercaba la Cuaresma y los señores de Marineda pedían marisco á todo tronar! Y señalando á un escollo que solía cubrir el oleaje, decían á Cipriana:

—Si apañas allí una buena cesta, te damos dos reales.

¡Dos reales! Un tesoro. Lo peor es que para ganarlo era menester andar listo. Aquel escollo rara vez y por tiempo muy breve se veía descubierto. Los enormes percebes que se arracimaban en sus negros flancos, disfrutaban de gran seguridad. En las mareas más bajas, sin embargo, se podía llegar hasta él. Cipriana se armó de resolución; espío el momento; se arremangó la saya en un rollo á la cintura, y provista de cuchillo y un *poje* ó cesto ligeramente convexo, echóse á patullar. ¿Qué podría ser? ¿Que subiese la marea de prisa? Ella correría más... y se pondría en salvo en la playa.

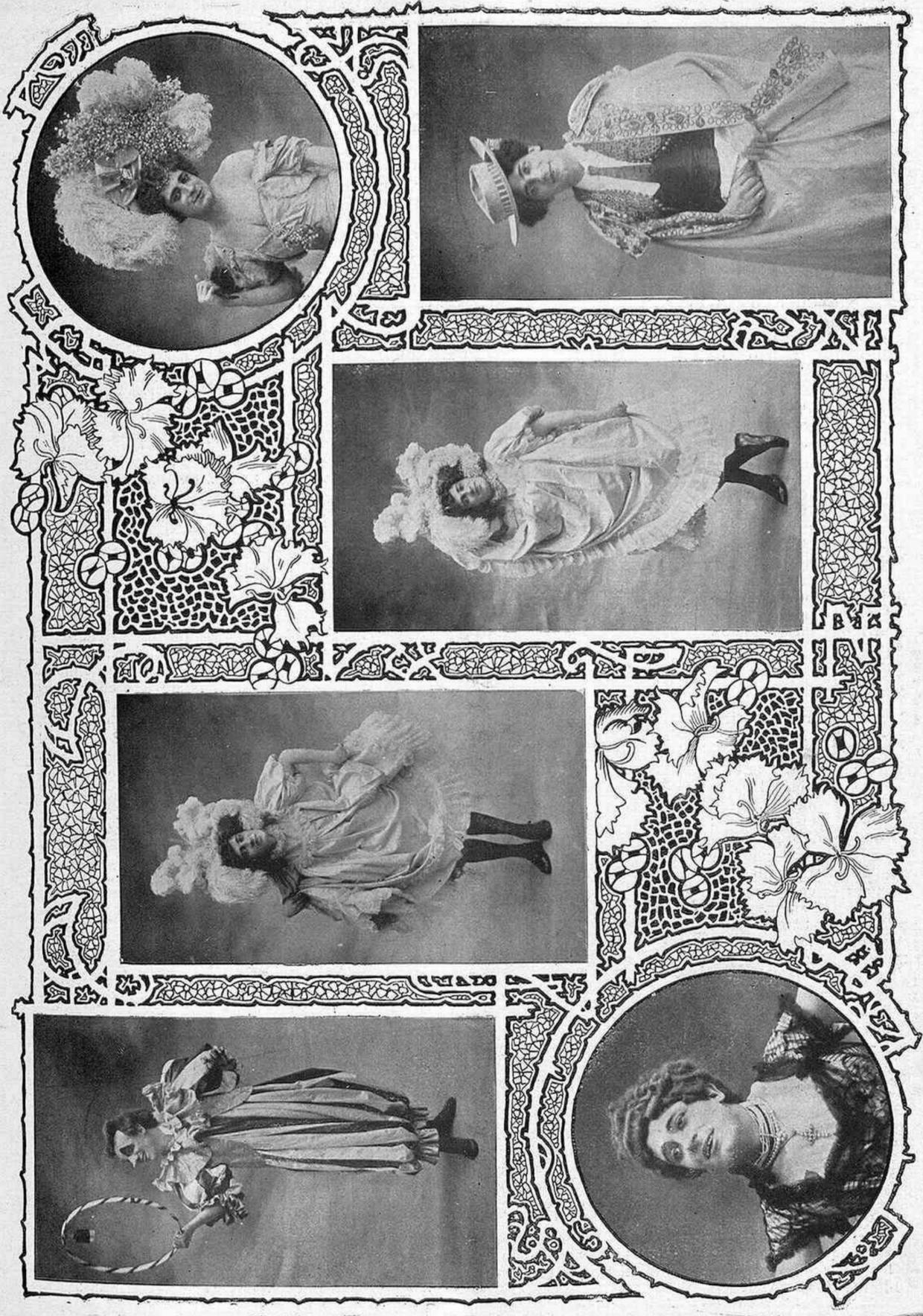
Y descalza, trepando por las desigualdades del escollo, empezó, ayudándose con el cuchillo, á desprender piñas de percebes. ¡Qué hermosura! Eran como dedos rollizos. Se ensangrentaba Cipriana las manitas, pero no hacía caso. El *poje* se colmaba de piñas negras, rematadas por centenares de lívidas uñas...

Entretanto, subía la marea. Cuando venía la ola, casi no quedaba descubierto más que el pico del escollo. Cipriana sentía en las piernas el frío gracial del agua. Pero seguía desprendiendo percebes: era preciso llenar el cesto á tope, ganarse los dos reales y el pañuelo de colorines. Una ola furiosa la tumbó, echándola de cara contra la peña. Se incorporó medio risueña, medio asustada... ¡Caramba, qué marea tan fuerte! Otra ola azotadora, la volcó de costado. Y la tercera, la ola grande, una montaña líquida, la sorbió, la arrastró como á una paja, sin defensa, entre un grito supremo... Hasta tres días después no salió á la playa el cuerpo de la huérfana.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ilustraciones de E. FEMENIA.





Fotografías de Naborie (París).

TRANSFORMACIONES DE FRÉGOLI EN «ELDORADO»

Dibujo de GASPAR CAMPS.





Una triste noticia hemos de comunicar á los asiduos lectores de PLUMA Y LÁPIZ; la del fallecimiento de nuestro colaborador, el castizo literato y distinguido poeta Rafael Ochoa, cuyas inspiradas creaciones han podido admirar en varios de los números publicados. Aun cuando no teníamos el gusto de conocerle personalmente, nos ha causado verdadera aflicción su pérdida, pues, aparte de su valía como campeón de la literatura patria, por el mero hecho de ser compañero nuestro le profesábamos honda y afectuosa simpatía.

Esta Redacción se asocia al profundo dolor que en tan terribles momentos experimenta la familia del finado, haciendo fervientes votos porque el Señor haya acogido el alma de éste en el seno de los justos.

Insertamos á continuación la sentida poesía que, á raíz del suceso, nos ha remitido, desde Segovia, donde residía el difunto, otro colaborador no menos valioso y conocido de nuestros lectores.

† RAFAEL OCHOA

Fuiste un soldado del arte
y nunca podré olvidarte,
pues dejas, tras de tu muerte,
un nombre para quererte,
tus versos para admirarte.

Descansa en paz, Rafael,
pues si, en la lucha cruel,
llegué á combatirte un día,
al fustigarte decía:
—¡Si yo escribiera como él!
José RODAO



PASATIEMPOS

FRASE HECHA



CHARADA

Es un nombre de mujer
la primera con la cuarta,
tercia y cuatro lo es también,
dos con cuatro anda por casa,
y el todo es nombre de bella
que me arroba y entusiasma.

PEDRO F. GUILLEM.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

GUSTOS

PEDRO F. GUILLEM.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Jeroglífico comprimido. — Redoble.

Charada. — Casadera.

Acróstico. —

Manuel del P alacio
El Conde de l as Navas
Salvador R ueda
Francisco Pi m argall
Eusebio Bl a sco
José Echegara y
Leopo L do Alas
Emilia P a rdo Bazán
Alfonso p érez Nieva
Augusto R i era
Juan Pére x Zúñiga

Frase hecha. — Hincar el hombro.

Charada. — Conejo.

Tarjeta. — Frégoli. Dorotea.

Curiosidad aritmética. —

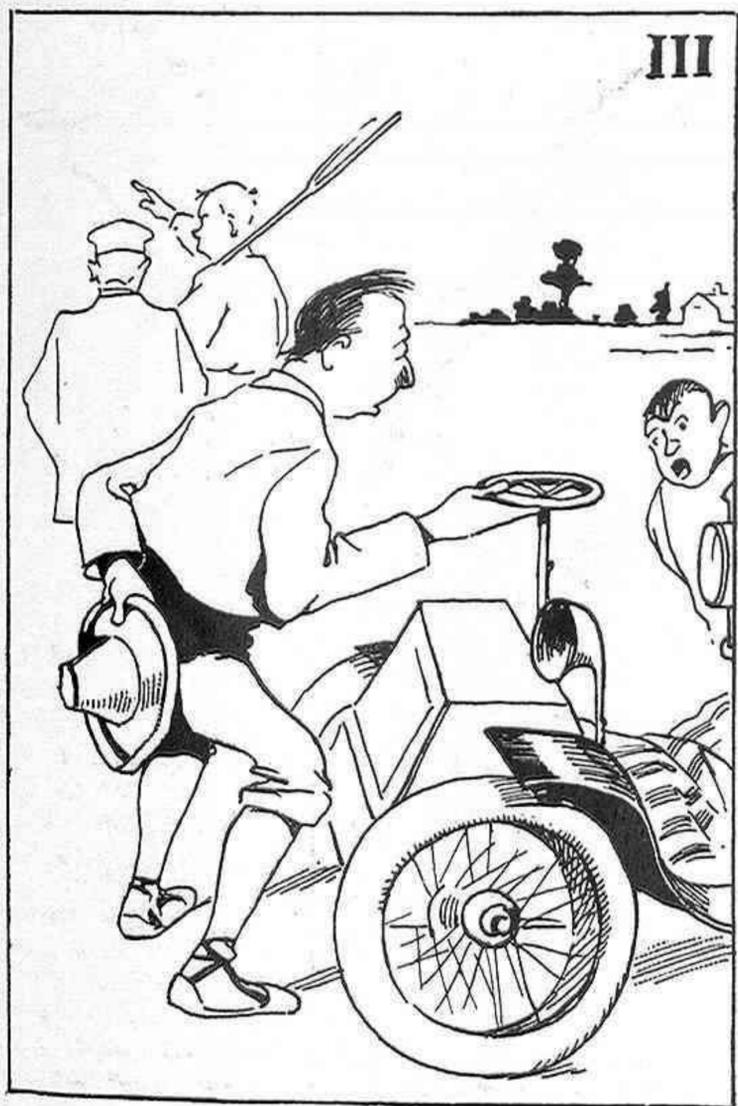
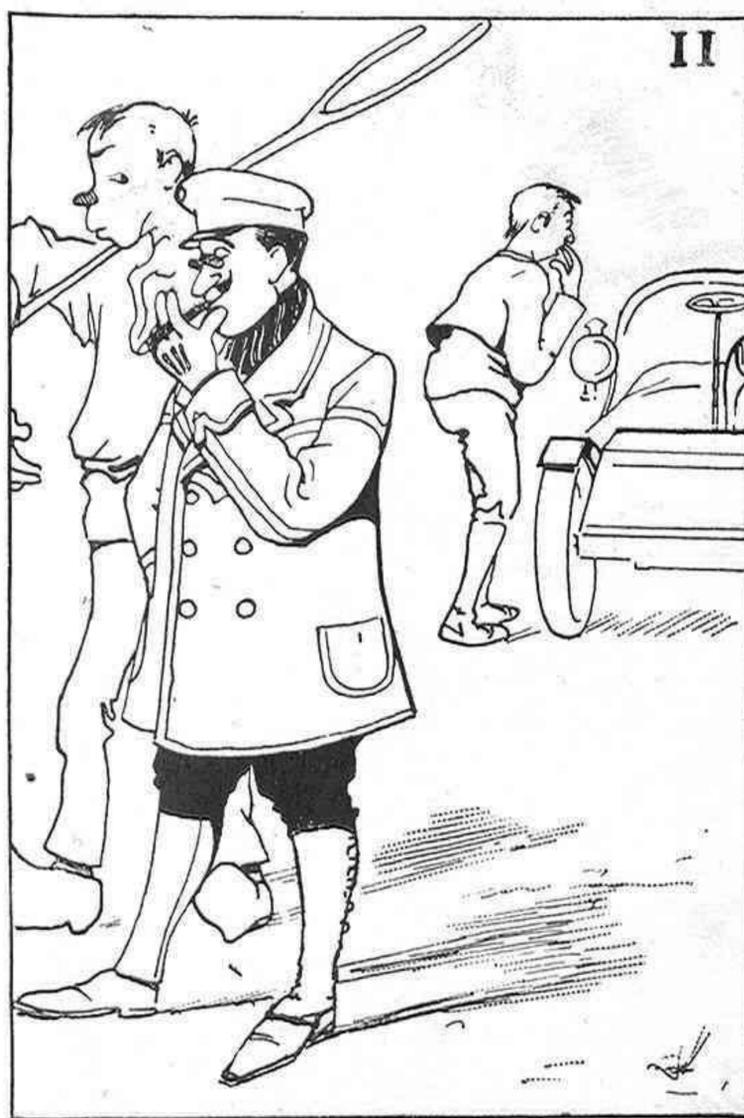
12.345,679

multiplicado por	9	=	111 111,111
»	18	=	222.222 222
»	27	=	333.333 333
»	36	=	444.444.444
»	45	=	555.555,555
»	54	=	666.666,666
»	63	=	777 777,777
»	72	=	888.888,888
»	81	=	999.999,999

NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.

«EL CURIOSO CASTIGADO». (Historieta muda);

por DONAZ.





*Cartel anunciador del «Cacao Van Houten», para la elaboración de chocolates;
publicado por la Casa C. J. Van Houten y C.^a, de Weesp (Holanda).*

SERIE I.^a

Núm. 30